

Ser testigos de la nueva vida de Cristo

«Sabemos que el anuncio pascual es lo específico del cristianismo, la deuda de esperanza que los cristianos tenemos con todos los hombres. También conocemos nuestras hondas resistencias a creer este anuncio inaudito; y, aún más, lo que nos cuesta creer en la resurrección de Jesucristo como prenda de nuestra resurrección» (Enzo Bianchi).

La fe en la resurrección no nace automáticamente dentro de nosotros, supone un largo proceso de maduración y de purificación en nuestro interior. Es el mismo proceso que tuvo la primera comunidad: renunciar a una imagen creada en nuestro interior haciéndola absoluta de manera que ninguna otra pueda estar por encima de ella. Eso no es fe. Tenemos que renunciar a cualquiera imagen, es decir: podemos pensar la resurrección de Jesucristo, bien intelectualmente, bien plásticamente, como si pintásemos un cuadro, siempre y cuando tengamos conciencia de que eso no es la resurrección.

Una de las primeras razones para llegar a una fe profunda y abierta de la resurrección es renunciar al CÓMO FUE o querer saber CÓMO ERA el cuerpo glorioso del Señor, porque no nos lleva a ningún lado. El tercer día, los ochos días, los cuarenta días, los cuarenta años, en la Sagrada escritura no son tiempos cronológicos, no lo olvidemos. Para muchos de nosotros el tercer día tarda décadas en llegar, a veces toda una vida. La fe en la resurrección hay que tomarla en toda su simplicidad, en su total desnudez, en su misterio absoluto, si no es así no es digna de fe. Pero aún hay más: tenemos que leer los textos, proclamarlos, celebrarlos; textos que nos hablan de experiencias vivida en el pasado por una comunidad, pero que tienen proyección de futuro, hasta el fin de los tiempos. Textos que nos hablan de algo nuevo, distinto a lo que se conocía, textos que nos hablan de ser enviados con un mensaje singular: «Como el Padre me envió, también yo os envío», es decir: «Así como yo os narré al Padre, ahora os toca a vosotros narrarme a mí».

Y este es el problema: ¿a qué Cristo narramos y proclamamos? Es bueno que recordemos aquella frase tan célebre del Maestro Eckhart en su sermón sobre *Los pobres de espíritu*: «Le rogamos a Dios que nos vacíe de Dios». El Maestro Eckhart nos aconseja que renunciemos a toda imagen de Dios dentro de nosotros y, lo que decimos de Dios, lo podemos decir del Señor Resucitado. Esto nos evitaría problemas de cabeza doctrinales, porque nos llevaría a no ser poseedores de verdades absolutas, sino que, vaciándonos de nuestras pequeñas verdades, estemos capacitados para acoger la VERDAD que no se impone a nadie, porque se presenta siempre en su simplicidad más absoluta, recorriendo los caminos de la vida silenciosa y humilde, bondadosa y cariñosa, acogiendo a todos los que quieren beber su agua de vida. Verdad que desenmascara la hipocresía y la injusticia pero que envuelve en su amor y ternura a todos los que tienen que sufrir persecución por ser fieles a ella.

Como Jesús nos narró al Padre. Eso lo llevó a ver al hombre y a la mujer de manera distinta a cómo los veían y comprendían cualquiera sociedad y religión de su tiempo, en su caso en el judaísmo. Y nosotros tenemos que narrar al Señor resucitado en su pura desnudez, como aconseja el Maestro Eckhart: «Tómalo desnudo en el vestidor», es decir: no le pongamos ningún traje porque ninguno le sienta bien. La resurrección de Jesucristo nos compromete con su vida y con su obra y con todos los hombres y mujeres que a lo largo de la historia renunciaron a aferrarse a imágenes para vivir en el mundo haciendo el bien sin mayores pretensiones. Comprendieron que la Buena Nueva no es un cuerpo de doctrinas sino una persona, JESUCRISTO, al que servían en sus hermanos y hermanas.

«Que Dios nos vacíe de Dios», para no caer en un espiritualismo desencarnado y nos lleve a lo que fue la vida del Resucitado, que nos enseñó que el Dios del Evangelio no es un Dios de exigencias imposibles, sino el Dios con nosotros, «Que trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre» (*Gaudium et Spes*, 22) y murió como muchos inocentes a lo largo de la historia, por manos de hombres.

Renunciar a un resucitado que vive en algún cielo imaginario, supone sumergirnos en la historia de su vida, que no acabó en la cruz, sino que sigue viviendo en el rostro de los pobres del mundo, en el llanto de los niños hambrientos y maltratados, en el dolor y el miedo de los torturados, en la angustia de los condenados a muerte, en las mujeres menospreciadas y maltratadas, Todo el que le haga daño a una persona se lo hace a Él. Pero también ríe y baila de felicidad por todos los que hacen el bien en la más absoluta gratitud, felices de ver su rostro doloroso y glorioso en sus hermanos y hermanas.

Él nos narró a Dios, nosotros tenemos que narrarlo a Él. Y, hay una oración del siglo XVI, que cita Bruno Forte en una de sus obras, muy apropiada para nuestra reflexión: «Cristo no tiene manos, solo tiene nuestras manos para hacer hoy su trabajo: Cristo no tiene pies, tiene nuestros pies para dirigirse hoy a los hombres; Cristo no tiene labios, tiene nuestros labios para anunciar hoy el Evangelio. Nosotros como la única Biblia que aun todos los hombres pueden leer. Nosotros somos la última llamada de Dios, escrita con palabras y obras».

Que Dios nos conceda la gracia de ser testigos del Resucitado, y, sobre todo, que nos abramos a su gracia.

<http://www.monasteriodesobrado.org/>